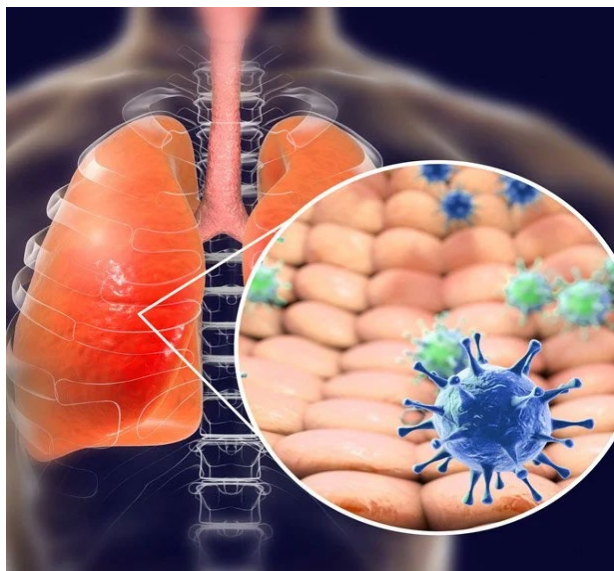


La catástrofe capitalista y cómo combatirla

Por El Militante



La pandemia del coronavirus se ha convertido en el accidente que expresa la necesidad. Todas las contradicciones económicas, sociales y políticas incubadas en la última década han estallado violentamente, colocando a la civilización ante una disyuntiva histórica. La matanza perpetrada contra decenas de miles de inocentes, y que se multiplicará en los próximos meses, es solo el comienzo. La parálisis general de la actividad productiva y del comercio, la oleada de despidos masivos y sufrimiento colectivo que se desarrollan en paralelo a la crisis sanitaria, tendrán consecuencias trascendentales en el futuro inmediato.

El Estado nacional y la dictadura del capital financiero que domina todas las esferas de la vida económica, y exacerban el enfrentamiento Inter imperialista, hace tiempo que son un freno para el avance de las fuerzas productivas y el progreso de la humanidad. Las bases materiales que explican lo que ocurre ante nuestros ojos estaban creadas de antemano.

El virus no es la barbarie, la barbarie es el capitalismo.

Guerra de clases

Los Gobiernos capitalistas y sus medios de comunicación utilizan el símil de la guerra para describir la situación. Y no es casual: la propaganda para insuflar en la sociedad un

espíritu chovinista y patrioter se ha vuelto nauseabunda.

La primera víctima de una guerra es la verdad. Lo que no dicen es que esa guerra fue declarada por los poderes capitalistas hace décadas, arrasó con los derechos y servicios sociales, creó una desigualdad

obscena, degradó el medio ambiente a una escala intolerable y redujo países enteros a escombros. A lomos de esta guerra ha galopado la pandemia del coronavirus.

Este capitalismo depredador e insaciable, y solo él, es responsable de la actual debacle sanitaria, económica y social, que significará un antes y un después en la historia del mundo.

La propaganda demagógica en “defensa de la vida” aparece como una mueca cruel. Trump y el puñado de multimillonarios que controlan la industria y la política estadounidense han sido muy francos: morirán cientos de miles, pero lo importante son los 2,2 billones de dólares aprobados por el Congreso y el Senado para salvar las grandes empresas.

En Europa, todas las decisiones adoptadas siguen el mismo patrón. Intentan presentar estos acontecimientos como algo inevitable, pues nos enfrentamos a una fuerza “descontrolada e imprevisible”. Pero las grandes potencias conocían muy bien la gravedad de lo que estaba ocurriendo. Cuando el régimen chino decidió el confinamiento total para la región de Hubei y de su capital Wuhan, desde la Unión Europea (UE), EE. UU. o Gran Bretaña no se hizo nada por tomar medidas preventivas efectivas y contundentes.



Esta brutal matanza está siendo denunciada en el mundo desarrollado por miles de trabajadores del sector sanitario, que se juegan la vida en medio

del colapso de los sistemas de sanidad públicos... En Latinoamérica, África, Oriente Medio y en muchas otras zonas, la situación es aún más desesperada y tendrá consecuencias más catastróficas.

Lo mismo que en EE. UU., donde la existencia de la tecnología más avanzada del planeta, pero controlada por los grandes monopolios capitalistas, no impedirá que la pandemia se extienda como la peste medieval.



La burguesía y sus políticos a sueldo incluida la socialdemocracia en sus diferentes variantes y la burocracia sindical— nos llaman a combatir como “soldados” y levantan ardientemente la consigna de la unidad nacional. Pero somos nosotros quienes ponemos los muertos y sufrimos ya el azote del paro y la miseria. El sistema necesita del cemento de la “unidad nacional”. ¿Con qué fin? Estrangular la conciencia de los que realmente padecemos esta guerra y lograr nuestra sumisión. Pero la lucha de clases encarnizada que hemos vivido, las insurrecciones, levantamientos y revoluciones que han sacudido Chile, Ecuador, Bolivia, Honduras, Sudán, Argelia, Hong Kong, las huelgas generales en Francia, las movilizaciones de masas de la mujer trabajadora y de la juventud contra el cambio climático en todo el mundo, la rebelión de pueblo catalán por la república... todos estos acontecimientos, y muchos otros, advierten de una nueva era y se han convertido en una gran escuela de aprendizaje.

La debacle económica recrudecerá la lucha Inter imperialista

Las cifras del colapso económico actual solo pueden compararse a las de una guerra devastadora.

Según el Instituto Internacional de Finanzas, las economías de los EE. UU. y de la UE se

desplomarán en el primer semestre del año un 10% y un 18% respectivamente. Para Morgan Stanley, la contracción de la economía estadounidense será del 30% entre marzo y junio y la tasa de parados se acercará al 13%.

El Deutsche Bank habla de la peor caída desde los años treinta del siglo pasado, tras el crack de 1929.

Un panorama similar contempla los organismos oficiales. James Bullard, el presidente de la Reserva Federal de Saint Louis y miembro del Comité Federal del Mercado Abierto, el organismo del banco

central estadounidense que fija los tipos de interés, ha señalado en una entrevista a Bloomberg que el hundimiento del PIB estadounidense podría llegar al 50% este año. En el peor momento de la Gran Depresión, entre 1929 y 1933, el PIB retrocedió un 30%.

Esta misma fuente afirma que el desempleo podría escalar hasta los 47 millones, una tasa de paro del 32%, y cifra en 67 millones los norteamericanos que trabajan y tienen un alto riesgo de ser despedidos. La situación en China también es muy problemática. Las cifras oscilan: desde una caída a lo largo del año del 4,2% según el Standard Chartered Bank, hasta el 9% que plantea Goldman Sachs. En los dos primeros meses de 2020 la producción industrial del gigante asiático retrocedió un 13,5% y las ventas al por menor un 20,5%.

En el mundo excolonial la perspectiva es aún más dramática. En América Latina, donde el 30,1% de sus 629 millones de habitantes es pobre, la tasa de informalidad laboral era en 2018 del 53% (140 millones).

Es importante no perder de vista dos consecuencias inmediatas en la economía global: primero, una tendencia creciente al proteccionismo, al incremento de aranceles y al nacionalismo económico; y, en segundo lugar, como consecuencia de lo anterior, el recrudecimiento de la lucha imperialista por el mercado mundial.

Muchas voces, incluyendo la de algunos que se declaran “marxistas”, ya han puesto el RIP sobre la economía china y afirman que sufrirá un golpe devastador. Por supuesto que la contracción del mercado mundial actuará negativamente sobre su aparato productivo, pero siempre que se hace

este tipo de afirmaciones hay que medir a China en relación con sus competidores.

El capitalismo chino, un capitalismo de Estado sui géneris en ascenso, que puede concentrar amplios recursos financieros y productivos en manos de su aparato estatal y cubrir sus necesidades estratégicas con más celeridad que otros, tiene claras ventajas competitivas frente a EE. UU. o la UE. Esta crisis lo está poniendo de manifiesto, y no solo en el plano sanitario. ¿Cómo responderá el aparato productivo chino ante la parálisis de Europa y los EE. UU.? Llenando los huecos que dejan sus competidores, como se está demostrando en el abastecimiento mundial de productos sanitarios, y aumentando la productividad del trabajo en sus factorías para incrementar su competitividad y copar nuevos mercados.



El imperialismo estadounidense libró una batalla victoriosa frente a Inglaterra tras el final de la Primera Guerra Mundial, y se convirtió en hegemónico tras la Segunda, pero en esta ocasión se enfrenta a una nueva potencia que muestra signos mucho más vigorosos, cuenta con reservas productivas y financieras más sólidas, y ha conquistado una posición privilegiada en terrenos como la tecnología, la exportación de capitales y el comercio mundial.

Por supuesto que el capitalismo chino no saldrá indemne, pero eso no significa que podamos tomar por buena la propaganda occidental. China aplicó grandes paquetes de estímulo en 2008, dedicando más de un billón de euros a sostener su economía productiva y el consumo, y pudo capear mucho mejor que el resto de las potencias la Gran Recesión, manteniendo tasas de crecimiento superiores al 5% en los últimos cinco años.

Ciertamente redujo su avance respecto a los años gloriosos, y ha acumulado graves contradicciones derivadas de la sobreproducción latente, como un crecimiento de la deuda pública, corporativa y privada que supera el 240% del PIB y no deja de

aumentar. Pero sus competidores están mucho peor. La deuda global de EE. UU. supera ya el 326%, y no cuenta con un superávit comercial tan abultado. Es más que evidente que el sistema capitalista chino no tiene nada en común con el socialismo genuino, aunque conserva rasgos del autoritarismo maoísta que se mantuvieron en el proceso de restauración.

Esta peculiar formación histórica, pilotada por la vieja nomenklatura estalinista convertida en una nueva burguesía propietaria, ha permitido que el Estado tenga mucha más capacidad de control y decisión. Las llamadas de Trump para sacrificar a cientos de miles de ciudadanos norteamericanos y poner en marcha la producción cuanto antes responde a esto. En la Casa Blanca saben muy bien que China ocupará el espacio que ahora dejen libre.

No obstante, este patriota de pacotilla al que los norteamericanos de a pie le importan un comino ha tenido que recular un poco ya que sus asesores han observado que la catástrofe inminente puede provocar también otros escenarios, empezando por estallidos sociales dentro de sus fronteras.

EE. UU. intensificará su campaña contra China. Pero el gigante asiático aumentará su influencia mundial en los próximos años y meses aprovechando las fuertes divisiones del bloque occidental. Lo ocurrido con la ayuda que, a Italia, las compras desesperadas del Gobierno español en su mercado sanitario, por no hablar de las llamadas de auxilio a Beijing desde África y Latinoamérica, no harán más que reforzar su papel en el periodo inmediato provocando cambios profundos en las relaciones internacionales. El mecanismo económico global no solo ha perdido su equilibrio interno, ha terminado por griparse poniendo de manifiesto la agonía del sistema.

El Estado capitalista, al rescate de los capitalistas

Las potencias occidentales respondieron a la crisis de 2008 colocando sobre las espaldas de la clase trabajadora el rescate público del sistema financiero. Una oleada de recortes salvajes, despidos masivos, precariedad, desahucios y empobrecimiento, por un lado, y, por el otro, barra libre de créditos a interés cero y compra masiva

de deuda privada por parte de los bancos centrales, que llenó los bolsillos de especuladores financieros, bancos y grandes empresas. Ninguna de las graves contradicciones del sistema se resolvió, todo lo contrario. La inversión productiva declinó pero la burbuja especulativa se ha hecho mayor y la concentración monopolística del capital se reforzó: “El capital financiero —escribió Lenin— es una fuerza tan considerable, puede decirse tan decisiva, en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de someter, y realmente somete, incluso a los Estados que disfrutaban de la más completa independencia” La farsa de que se han “aprendido las lecciones de la crisis anterior” es desmentida por los datos.

La deuda global tanto pública como privada alcanzó en 2019 el récord de 253,6 billones de dólares, el 322% del PIB mundial. En estos diez años la capitalización de las bolsas internacionales tocó cifras récord, con 86 billones de dólares, el 100% del PIB mundial en 2019.



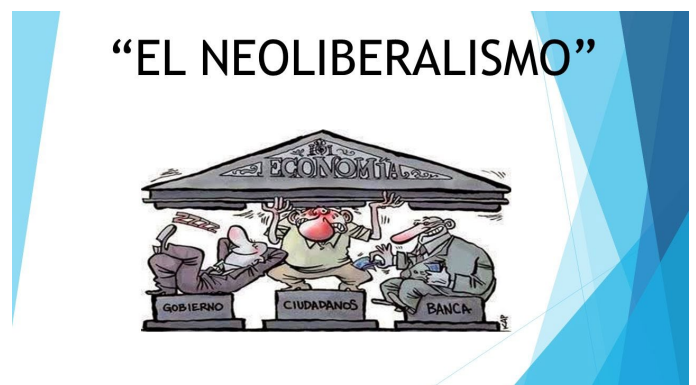
Los grandes bancos norteamericanos rescatados en 2008 con más de dos billones de dólares del presupuesto público poseen en la actualidad un 43% más de depósitos, un 84% más de activos y el triple de dinero en efectivo que tenían antes de la crisis.

El conjunto de la banca estadounidense dispone de 157 billones de dólares en derivados financieros, productos puramente especulativos, aproximadamente el doble del PIB mundial y un 12% más de lo que poseían hace una década. Según McKinsey Global Institute, el 80% de todos los beneficios empresariales que se obtienen en el mundo los genera el 10% de los grupos cotizados en Bolsa.

Este es el verdadero obstáculo que tiene la humanidad para resolver sus necesidades más perentorias. Mientras la riqueza gigantesca que crea el trabajo asalariado siga en manos de esta minoría de especuladores financieros, que imponen su dictadura con mano de hierro, no hay salida. El Gobierno es el comité ejecutivo que vela

por los intereses de la clase dominante, afirmó Marx.

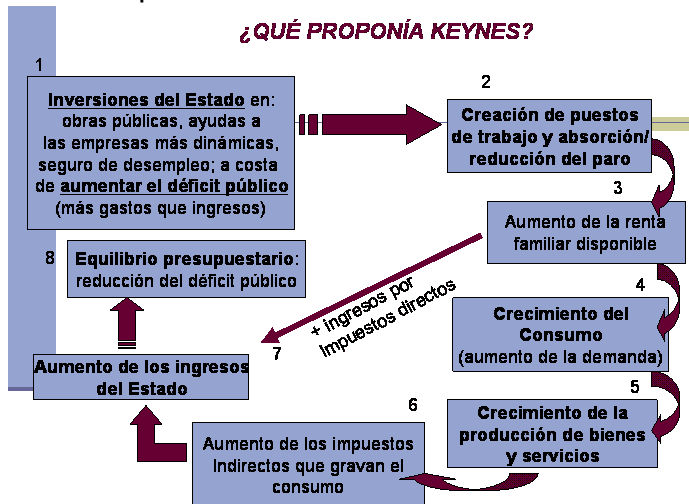
Los programas de choque aprobados en estos momentos por los Gobiernos occidentales y los diferentes bancos centrales superan ya los 6 billones de dólares (en torno al 7% del PIB mundial). Una montaña de liquidez dirigida exclusivamente a dotar de solvencia a las grandes multinacionales y volver a salvar a la banca internacional. Mientras tanto, los recursos para cubrir una emergencia sanitaria colosal, proteger a las decenas de millones que ya han perdido sus empleos y hogares, a los cientos de millones que se hundirán aún más en la pobreza... no son más que migajas irrisorias. Mario Draghi, exdirector del Banco Central Europeo, lo ha explicado con toda crudeza en un artículo publicado por Financial Times: “(...) la respuesta debe involucrar un aumento significativo de la deuda pública. La pérdida de ingresos sufrida por el sector privado, y cualquier deuda generada para llenar este vacío, debe ser absorbida, total o parcialmente, en los balances del Gobierno”.



El Estado capitalista debe salvar a las empresas, al capital financiero y a los especuladores. Qué magnífica lección para todos los reformistas, los viejos y los nuevos, que apelan al Estado como si este no fuera un instrumento de dominación de una clase sobre otra. Una reivindicación brillante, en boca de un burgués consumado, de la teoría marxista del Estado y que trae a la palestra las palabras de Lenin: “Aquí vemos como, patentemente, en la época del capital financiero, los monopolios del Estado y los privados se entretajan formando un todo y como, tanto los unos como los otros, no son en realidad más que distintos eslabones de la lucha imperialista que los más grandes monopolistas sostienen en torno al reparto del mundo”.

Más desunidos que nunca. Neoliberalismo 2.

0 estos planes de salvamento han desatado nuevamente las voces de los “doctores democráticos” del sistema, salivando por medidas keynesianas o simplemente mintiendo sobre el carácter de los paquetes adoptados, como hace el Estado español. Las promesas “intervencionistas” de los Estados, que muchos economistas han calificado de keynesianismo, no tienen nada que ver con nacionalizaciones de grandes empresas o sectores productivos en el sentido clásico.



El keynesianismo, como doctrina económica de la burguesía, solo se aplicó en unas circunstancias históricas muy determinadas: tras la muerte de decenas de millones de personas y la destrucción masiva de fuerzas productivas en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, y ante el pánico del imperialismo norteamericano y la burguesía del continente por el avance de la revolución en Francia, Italia, Grecia... y del Ejército Rojo en el Este. Entonces sí, para conjurar el peligro de la revolución socialista, los EEUU, que salían de la guerra con su aparato productivo intacto, con un desarrollo formidable de nuevas ramas productivas (derivados del petróleo, química, industria automovilística, aeronáutica, electrónica, militar...), con las reservas de oro más importantes del mundo y con el dólar como la única divisa de referencia, ayudaron a la burguesía europea en la reconstrucción y permitieron la nacionalización de industrias y sectores que exigían un gran desembolso de capital fijo (siderurgias, eléctricas, minas, transportes...), proveyendo además de materias primas baratas a las empresas privadas.

Las medidas keynesianas sirvieron para alimentar el ciclo alcista del capitalismo y un nuevo periodo histórico de acumulación imperialista. La condición material previa fue la destrucción del aparato productivo europeo, al tiempo que en el terreno político los partidos socialdemócratas y estalinistas apoyaron a los Gobiernos burgueses para sabotear la revolución y reconducir la reconstrucción sobre las bases de la “democracia” capitalista y el pacto social.



Cada burguesía nacional se prepara para defender con uñas y dientes a sus monopolios en el conflicto Inter imperialista que se libra al calor de la depresión.

Estas fuerzas objetivas están detrás del estallido de la Unión Europea. Mientras los Gobiernos del sur, liderados por Italia y el Estado español, exigen a Merkel que arrime el hombro y acepte cargar con una parte de esta crisis, la burguesía alemana se niega a mutualizar los costes de la debacle. “Tenemos que trabajar en un instrumento de deuda común (...) necesidad de medidas más ambiciosas para apuntalar nuestras economías”, claman Pedro Sánchez, Conte y Macron.

Mientras tanto, el ministro de Economía alemán dice nein, y detrás de él toda la industria y el capital financiero germano.

Las burguesías alemana y holandesa, además de rechazar rotundamente los eurobonos, adoptarán todas las medidas para protegerse del contagio y apuntalar sus industrias nacionales cueste lo que cueste. El PIB español caerá por encima del 10% este año. Para Italia la previsión no es mejor: un 11,26%. Según Goldman Sachs, Alemania y Francia pueden registrar una contracción del 8,9% y del 7,4% respectivamente.

Por eso Merkel ha dicho a todos los países del sur que pueden recurrir a un préstamo del Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE), como hizo Grecia en su momento. E igual que entonces, este concederá recursos a cambio de durísimas

contrapartidas en forma de más recortes sociales. Europa ha saltado por los aires. El proyecto de la Unión Europea tal como lo conocemos está acabado. Después del Brexit y ante una depresión prolongada, las fuerzas centrífugas que pudieron ser contenidas a duras penas en la crisis del euro en 2014, a costa de aplastar al pueblo griego y sembrar la austeridad, se harán cada día más incontrolables.

En todos los continentes se prepara un regreso al nacionalismo económico, al incremento de políticas arancelarias, a las devaluaciones competitivas de las monedas, a medidas proteccionistas para proteger los mercados internos del asalto exterior. La ausencia de cualquier coordinación entre las potencias mundiales confirma el carácter completamente reaccionario del capitalismo.

Un partido para la revolución socialista

Tras el crack de 1929, la crisis agónica del capitalismo desembocó en la derrota de la revolución socialista en Europa, el fascismo y finalmente en una guerra mundial letal. La posibilidad de una guerra semejante en estos momentos está descartada. Con el arsenal nuclear en manos de las grandes potencias imperialistas se convertiría en una destrucción mutua asegurada. Pero eso no quiere decir que más guerras de carácter regional se desaten, provocando millones de muertos y refugiados y una devastación pavorosa como hemos visto en Siria, Iraq o Afganistán.



Ni tampoco que la burguesía sea consciente de que la guerra contra la clase obrera tenga que librarla con dureza extrema. La depresión agudizará la deslegitimación del parlamentarismo burgués, de la socialdemocracia y de los partidos conservadores tradicionales, incrementará la polarización social y política, la división de la clase dominante y también reforzará las tendencias

autoritarias de numerosos Gobiernos. Si en estos años hemos asistido a la pérdida de la estabilidad de las capas medias y su virulenta oscilación a izquierda y derecha, el nuevo escenario no hará más que profundizar esta tendencia.

El auge de la ultraderecha es una amenaza real y lo será aún más, igual que el Estado policial. Las formaciones de la nueva izquierda reformista, como Podemos, Syriza, Bloco de Esquerda, Die Linke y otras similares, han abandonado el programa del marxismo revolucionario reemplazándolo por una mezcla de ideas radicales pequeñoburguesas que desembocan en un mismo sitio: hacer un capitalismo de rostro humano, algo que ha sido desechado por la experiencia práctica como la utopía más reaccionaria.

El único capitalismo posible es el que vivimos, el que arrasa con el medio ambiente y permite la muerte de millones para salvaguardar la dictadura del capital financiero. La consigna de Engels, que Rosa Luxemburgo hizo célebre, ¡socialismo o barbarie! nos interpela.

La única forma de enfrentar la catástrofe que nos amenaza es que la clase trabajadora, al frente de los oprimidos, se haga con las riendas del poder, nacionalice la banca, los monopolios y la tierra bajo control democrático. Solo organizando la sociedad sobre bases socialistas y democráticas podremos escapar del abismo al que nos conduce el capitalismo.



La representación parlamentaria de una clase oprimida está muy por debajo de su fuerza real. Las condiciones clásicas de una revolución, que los reformistas habían dado por caducas, se manifestaron en los movimientos de masas, rebeliones e insurrecciones presenciadas en 2019 en América Latina, Asia, África y Europa: divisiones en la clase dominante, determinación de las masas para llegar hasta el final en la lucha, neutralidad o incluso apoyo de las capas medias. Pero en todas faltó el factor más decisivo para

que esas condiciones favorables culminaran en el triunfo: un partido revolucionario armado con el programa del marxismo y con influencia entre las masas.



La tarea concreta es cómo transformar, en el curso de los acontecimientos colosales a los que nos enfrentamos, la furia y el descontento de millones en un apoyo consciente al programa de la revolución socialista. La clase obrera solo puede confiar en sus propias fuerzas para acabar con el régimen podrido de la propiedad privada y el Estado nacional.

Y para adquirir esa confianza necesita tener una perspectiva y un programa claro que únicamente puede proporcionar una dirección firme y audaz. No hay tiempo que perder. Necesitamos Fortalecer un partido revolucionario capaz de afrontar con éxito esta tarea: los expropiadores serán definitivamente expropiados y la riqueza generada por el trabajo asalariado será puesta a disposición de la auténtica justicia social. La victoria del socialismo será también la victoria de la humanidad.

